

*Testimonio de la fe Luterana*

## **Lección 3**

*El hombre, Jesucristo y la gracia de Dios*

### EL HOMBRE Y EL PECADO

El primer libro de la Biblia, el libro de Génesis nos relata la obra creadora de Dios. Durante todo el relato de la creación en el capítulo uno, Dios se complace en su obra declarando que lo que ha creado es “bueno”. Al final del capítulo uno en Génesis 1:31, después de haber creado al ser humano y de haberle bendecido, Dios declara que todo lo que él ha hecho es “bueno en gran manera”.

Es únicamente después de que Dios ve que para el hombre no hay una compañía adecuada que declara el primer “no es bueno” de la historia, “No es bueno que el hombre esté solo” (Génesis 2:18). Dios decide hacer una ayuda idónea para el hombre, alguien que sea un complemento para él y con lo cual la obra de la creación quedará terminada.

Dios fue el ministro que bendijo el primer matrimonio de la historia humana. Con la declaración, “Por tanto dejará el hombre a su padre ya su madre, se unirá a su mujer y serán una sola carne” (Génesis 2:24). Dios establece la primera pareja matrimonial y les da como regalo de bodas un lugar para vivir en el cual existe todo lo necesario para hacer feliz la vida humana. Un hermoso jardín.

Adán y Eva son bendecidos por Dios para vivir eternamente gozando de la presencia de su Creador y disfrutando su compañía mutua en un ambiente de paz, armonía y dicha perpetua.

Pero la luna de miel de Adán y Eva se vio interrumpida por la presencia de una tercera persona en el hogar nupcial. El diablo en la forma de una serpiente se presenta con el maligno propósito de destruir la obra de Dios y arruinar la vida de la raza humana. “¿Conque Dios os ha dicho que no comáis de ningún árbol de huerto?” Es la astuta y malintencionada pregunta que le hace a Eva. Ella responde: “Del fruto de los árboles del huerto podemos comer, pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis para que no muráis”.

La serpiente es astuta y persistente y contraataca con una pregunta llena del veneno de la mentira, insinuando que Dios es mentiroso le dice: “No moriréis, pero Dios sabe que el día que comáis de él serán abiertos vuestros ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal.”

Tal vez hasta este momento la mujer no había sentido el deseo de comer de la fruta del árbol, pero, ¡cosa extraña! Después de haber escuchado las palabras del tentador, el árbol le parece bueno para comer, agradable a los ojos y deseable para alcanzar sabiduría. Toma el fruto y lo come. Pero no come solo ella, le ofrece a su marido el cual come al igual que ella.

La única cosa que Dios les había dicho que no hicieran había sido hecha por quienes teniéndolo todo quisieron tener más, desobedecieron a Dios y las consecuencias no se hicieron esperar: La serpiente fue condenada a arrastrarse sobre su vientre ya comer polvo todos los días

de su vida, la mujer fue condenada a sufrir en gran manera los dolores en sus embarazos y con dolor dar a luz a sus hijos, el hombre fue culpable de que de allí en adelante la tierra fuera maldita y que hiciera más difícil la tarea de sembrar y cosechar.

A causa de la desobediencia, el ser humano cayó de la gracia de Dios, su destino ahora es la eterna condenación, su vida de aquí en adelante será un tormento permanente. Su destino es la eterna separación de Dios en una muerte física y espiritual.

Sin embargo, Dios en su gran amor y misericordia hacia la raza humana promete al transgresor, “De la descendencia de la mujer haré que la descendencia de la serpiente sea vencida”. El pecado, la muerte y el mismo Satanás ya no tendrían dominio sobre quienes serían liberados de la condenación que fue el producto de la desobediencia.

La promesa de salvación a través de la descendencia de la mujer significaba que Dios proveería el medio, el cual sería, en su naturaleza humana, descendiente de Eva.

Dios en su misericordia y soberanía escogió un pueblo y de ese pueblo escogió una familia la cual llevaría en si el privilegio de ser la línea directa hasta el cumplimiento de la promesa.

El apóstol Pablo escribe en la carta a los Gálatas 4:4 y 5, “Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos.”

En otras palabras, en el momento propicio en la historia de la humanidad, Dios hizo realidad su promesa. Una joven judía que estaba comprometida para casarse recibió la visita de un mensajero celestial que le explicó que había hallado gracia ante Dios y que había sido escogida para ser la madre del Salvador del mundo.

Lógicamente, esta joven se espantó preguntando cómo era posible que ella fuera a ser madre de un niño si no estaba casada, pero el enviado de Dios le explicó que esto sería un hecho milagroso de Dios. Jesucristo sería hijo de María la virgen, pero no tendría un padre humano. Por el poder del Espíritu Santo, este niño especial sería engendrado sin la participación del elemento masculino humano.

La misión en la tierra de este ser especial sería tomar sobre sí los pecados de toda la humanidad, someterse a la ley de Dios y cumplirla a cabalidad en una vida perfecta y finalmente ofrecerse en sacrificio para remisión de los pecados de todo el mundo.

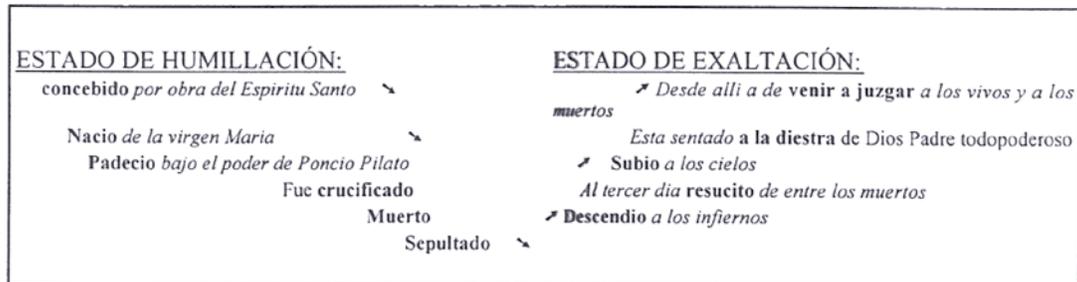
Jesús: Dios y hombre verdadero, realizó esto en su vida perfecta, en su pasión y muerte en la cruz, y en su gloriosa resurrección y ascensión a los cielos.

Así fue que lo que una vez se convirtió en condenación a causa de la desobediencia de un hombre: Adán, ahora se convierte en bendición por la obediencia del Hombre perfecto: Jesucristo.

El segundo artículo del Credo de los apóstoles relata la obra salvadora de Jesucristo: “Y en

Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor; que fue concebido por obra del Espíritu Santo, nació de la virgen María; padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado; descendió a los infiernos; al tercer día resucitó de entre los muertos; subió a los cielos, y está sentado a la diestra de Dios Padre todopoderoso; y desde allí ha de venir a juzgar a los vivos ya los muertos”.

Podemos ver que Cristo realizó su obra redentora en lo que, teológicamente se describe como el estado de HUMILLACIÓN y el estado de EXALTACIÓN. Para tener una idea gráfica de esto veamos el siguiente diagrama:



Como se puede apreciar el estado de humillación de Cristo se describe en una escala descendente poniendo como primer escalón su concepción como ser humano, por supuesto que, para un ser divino, el hecho de hacerse como un ser humano es rebajarse de su gloria y majestad. La humillación continúa hasta llegar al punto más bajo que es el ser muerto y sepultado. El apóstol Pablo hace una descripción muy impactante de esto en la carta a los Filipenses 2:5-8.

El estado de exaltación comienza, no con su resurrección, sino con su descenso a los infiernos, pues al ir a predicar a “los espíritus encarcelados” como escribe el apóstol Pedro en 1 Pedro 3:19, Jesús establece su victoria definitiva sobre el diablo y la muerte.

## CRISTO: SU NATURALEZA Y OBRA - EL NOMBRE CRISTO

En realidad, la palabra CRISTO no es un nombre sino un título que en el idioma griego significa lo mismo que la palabra de origen hebreo MESÍAS. En español el significado es UNGUIDO-ENVIADO.

El concepto judío de MESÍAS tiene en su sentido primario a un rey como el hombre ungido de Dios, pero también sugiere alguien que ha sido electo, es decir, el rey que primero es elegido y después es coronado.

El ungimiento consistía en aplicar aceite o unguento en el pelo, la cabeza y la barba de quien había sido elegido como rey, sacerdote o profeta, esta ceremonia confirmaba el beneplácito de Dios hacia la persona elegida. En un principio el ungimiento como rey significaba la asignación a un reinado de tipo terrenal, la evidencia completa del judaísmo posterior señala al MESÍAS no únicamente como un rey, sino como un rey escatológico, es decir un gobernante que aparecería al fin de los tiempos.

David fue el rey ideal de Israel y como tal tuvo el carácter “sagrado”, y esta característica sagrada llegaría a aplicarse al rey escatológico que debería ser como David.

En el Antiguo Testamento había tres representaciones que identificaban distintas figuras: EL MESÍAS o futuro rey ideal de Israel; EL HIJO DEL HOMBRE que era el representante ideal del pueblo de Israel y EL SIERVO SUFRIENTE, o sea aquel en quien todo su pueblo está representado y es ofrecido por los pecados del mundo. Estas tres representaciones se cumplen en la persona de Jesús de Nazaret. El título CRISTO se identifica más con esto, es común identificar el título CRISTO con la persona de Jesús de Nazaret.

### ¿QUIÉN ES JESÚS DE NAZARET?

La persona de Jesús es representada de diferentes maneras según sea quien esté hablando de él. Hay desde quienes niegan que haya existido una persona llamada Jesús de Nazaret hasta quienes creemos que Jesús es Dios encarnado. Muchos dicen creer en Jesús, pero al mismo tiempo lo ignoran mientras lo adoran, o sea que o no le conocen verdaderamente o tienen un concepto equivocado de quien es Jesús.

Hay personas que creen que Jesús sólo fue un gran hombre, un gran maestro de moral, un gran líder, pero al fin de cuentas, un hombre como pudiera ser cualquiera de nosotros. Algunos ven a Jesús como un buen ejemplo a seguir o como una buena influencia de tipo impersonal.

Esta inconsistencia es porque se le quiere definir según la mente humana. Un famoso estudioso de la Biblia hizo la siguiente declaración: “Un hombre que hubiera dicho las cosas que dijo Jesús no podría haber sido un gran maestro de moral. O era un lunático, que estaba poseído por el diablo, o era el Hijo de Dios. Con Jesús no puede haber término medio, debemos tener un concepto definido de él: O era un loco o algo peor al que había que poner en un manicomio, escupirlo y acabar con él como se acaba con un demonio, o caer de rodillas a sus pies y llamarle Señor y Dios.”

La Biblia nos presenta a Jesús como un ser divino ya la vez un ser humano. Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre, si no hubiera sido verdadero hombre, él no hubiera podido tomar nuestro lugar en la cruz y morir por nuestros pecados, si no hubiera sido verdadero Dios, su muerte no hubiera sido suficiente para pagar por los pecados de todo el mundo.

La Biblia presenta a Jesús en el Antiguo Testamento como el Mesías, el Salvador del mundo, en el Nuevo Testamento la Biblia da testimonio de que en él se cumplen todas las profecías: Él es el Hijo de Dios que vino a dar su vida por los pecados de todo el mundo y quien volverá de nuevo para establecer su reino eterno.

En el Evangelio según Juan 1:1-14, se declara que, aunque Jesús era un hombre en toda la extensión de la palabra, al mismo tiempo era Dios, la segunda persona de la Trinidad, que existió antes de que naciera Jesús. Cristo estuvo activo en la obra de la creación del mundo y durante el período de la historia del Antiguo Testamento, pero cuando llegó el cumplimiento del tiempo (Gálatas 4:4), el Verbo se hizo carne en la persona de Jesús de Nazaret. Jesús era Dios, pero también era verdadero hombre, aunque SIN PECADO. Jesús tuvo las experiencias humanas:

Sintió hambre, se cansó, se entristeció, aún fue tentado por el diablo.

Durante su ministerio terrenal, Jesús predicó anunciando que el reino de Dios se había acercado, sanó a muchos enfermos, liberó a personas poseídas por demonios e hizo muchos milagros y señales sobrenaturales, aún resucitó a personas que habían muerto. Todo esto indica que él no era un hombre común, pues todo eso sólo era posible hacerlo siendo Dios.

Jesús fue acusado falsamente, juzgado en cortes que no eran justas, fue condenado a una pena designada para los criminales más despreciables, fue sometido a un castigo llamado FLAGELACIÓN que consistía en recibir 40 golpes con un látigo llamado “flagelo”. Este castigo sólo se aplicaba a quienes no eran ciudadanos romanos. El 60% de quienes recibían este castigo no lo soportaban y morían antes de que terminaran de darles los 40 azotes.

Después de ser azotado, Jesús fue obligado a cargar una cruz de madera hasta las afueras de la ciudad, fue clavado y dejado allí hasta morir.

Después fue bajado en forma apresurada de la cruz por algunos de sus discípulos y envuelto en ropas funerarias fue puesto en una tumba la cual fue sellada. Un grupo de soldados romanos fueron asignados a cuidar que nadie se acercara a la tumba que contenía los restos de Jesús.

Tres días después un poderoso terremoto removió la piedra que cubría la entrada de la tumba, dejando al descubierto que Jesús no estaba allí: ¡Había resucitado como él mismo lo había anunciado!

La realidad de la resurrección de Jesús, la cual es testificada por numerosos pasajes en el nuevo Testamento de la Biblia y registrado en los anales de la historia secular, es, en primer lugar, la confirmación de que él era quien decía ser: El Hijo de Dios, y, en segundo lugar, la esperanza de la redención se cristaliza, dando a la humanidad la oportunidad de reconciliarse con Dios. La promesa hecha a nuestros primeros padres al momento de la caída se cumple. Cristo Jesús el Dios- hombre ha realizado la obra única y maravillosa de la Salvación.

Ahora, por medio del Evangelio, Cristo ofrece y da el beneficio de su obra terminada a todos aquellos que, creyendo en él, le reciben como Salvador y Señor.

La garantía de que todo esto es verdad nos la da el mismo Señor Jesús cuando estando colgado en la cruz exclamó estas impactantes palabras: “Todo está consumado”, es decir, la obra de la redención se ha cumplido, el enemigo ha sido vencido, la humanidad ha quedado libre de la condenación a la cual estaba destinada a causa de sus pecados y transgresiones contra la santa voluntad de Dios, “Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna” (Juan 3:16).

La santa y buena voluntad de Dios se ha cumplido, Cristo lo ha hecho todo, el beneficio es ofrecido a toda la humanidad, sin embargo, no toda la humanidad se apropia del beneficio porque no creen la palabra de Dios, porque a causa de la maldad, sus corazones se han endurecido y no pueden aceptar un hecho tan grande, pero al mismo tiempo tan generoso, porque según la manera de pensar del ser humano, nadie da nada sin pedir nada a cambio.

Pero en esta manera de pensar, su razón humana les está jugando una mala pasada, la verdad de Dios es algo que solamente se puede comprender cuando el corazón humano deja de luchar en contra de Dios, cuando se deja por un lado el orgullo y engreimiento que solamente son barreras que impiden que la gracia de Dios obre la fe en ellos para que puedan conocer a Jesucristo, creer en él y aceptarle como Salvador y Señor.

Miles de millones de personas han encontrado esperanza y significado para su vida al establecer una relación con Cristo después de haberle conocido y saber lo que él significa para la ellos y por ende para la humanidad.

## EL BENEFICIO DE LA OBRA DE CRISTO PARA LA HUMANIDAD

Ya hemos hablado de lo que la Biblia dice en cuanto al origen de la raza humana, el origen del pecado y el establecimiento de la promesa de redención para la humanidad. Ya vimos cómo la promesa de Dios se cumple en la persona de su Hijo Jesucristo.

Ya conocimos a grandes rasgos sobre el nacimiento, ministerio, pasión, muerte y resurrección de Jesucristo, y el significado que todo esto tiene para toda la gente de todos los tiempos.

Ya sabemos que, aunque la obra de Cristo es suficiente para salvar a toda la humanidad, no todos se salvan, no porque esta no sea la santa y buena voluntad de Dios, sino porque el pecado ha ennegrecido el entendimiento de muchos que se resisten al testimonio del Espíritu Santo.

Con la resurrección y ascensión de Cristo a los cielos, llegamos casi al final del segundo artículo del Credo de los Apóstoles, ahora solo nos falta hablar sobre los acontecimientos que tienen que ver con la siguiente declaración: “Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos ya los muertos”.

La Biblia dice que 40 días después de su resurrección, habiéndose presentado a muchas personas, Jesús mandó a sus discípulos a ir a cierto monte en las afueras de Jerusalén. Allí, después de darles la comisión de ir por todo el mundo a predicar el evangelio, Jesús ascendió al cielo. Mientras los discípulos todavía estaban asombrados observando la ascensión del Señor, dos mensajeros de Dios se pusieron al lado de ellos y le dijeron: “Este mismo Jesús que ha sido tomado de vosotros al cielo, vendrá de la misma manera como le habéis visto ir al cielo”.

Jesús había hablado a sus discípulos anteriormente en cuanto a su segunda venida, algo que probablemente ellos no habían tomado con la seriedad con que ahora lo ven, después de escuchar el testimonio de estos dos enviados de Dios.

En las lecciones 11 y 12 de este curso, estaremos tocando más detenidamente el tema del fin del mundo y la vida eterna, por ahora solamente diremos que la certeza de la segunda venida de Cristo es una realidad de acuerdo a la Sagrada Escritura. Esta segunda venida va a ser de una manera muy diferente a la primera vez, pues ahora Jesús vendrá en toda su gloria como juez a juzgar a los vivos ya los muertos, ya dar la confirmación del veredicto divino en cuanto al

destino de cada quien, sea para eterna salvación o sea para eterna condenación.

En esta reflexión es bueno volver a revisar algunos puntos básicos en cuanto a la situación de la raza humana después de la caída ya la forma como Dios provee el medio para la restauración por medio de su Hijo Jesucristo.

Después de que nuestros primeros padres cayeron en pecado a causa de la desobediencia a Dios, el Señor en su misericordia les dio la promesa de que el enviaría a un salvador que liberaría a la humanidad de la condenación en la cual había caído, esta promesa no era propiedad exclusiva de una nación o pueblo, sino que fue hecha en forma general.

Dios escogió un pueblo, no por ningún mérito propio sino por pura gracia, para que fuera el portador de la promesa y que, en el momento apropiado en la historia del mundo, de este pueblo vendría el cumplimiento de la promesa. Dios envió a su Hijo unigénito a rescatar a la humanidad que se encontraba prisionera del pecado, del diablo y de la muerte, y destinada a eterna condenación.

La marca del pecado se extendió a toda la descendencia humana por medio de la descendencia de Adán, dice la Biblia en Génesis capítulo 5 que: “Cuando Adán tenía 130 años, engendró un hijo a su semejanza, conforme a su imagen, y llamó su nombre Set y los años que vivió Adán después de engendrar a Set fueron 800, y entonces murió.”

A partir de aquí, toda la descendencia de Adán heredó la naturaleza pecaminosa y corrupta del pecado. Toda la humanidad sin excepción, estuvo condenada a la muerte porque, “La paga del pecado es muerte”, Jehová Dios había dicho a Adán en el huerto del Edén. “Puedes comer de todos los árboles del jardín; pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás, porque el día que comas de él, ciertamente morirás.”

Cristo, el Hijo de Dios fue enviado para pagar con su propia vida el precio de la redención de la humanidad, pues, aunque Dios en su santidad no tolera el pecado y según su naturaleza perfecta debe castigarlo, sin embargo, demuestra su amor hacia la humanidad, entregando a su propio Hijo para tomar nuestro lugar y recibir el castigo que merecemos por nuestros propios pecados. Siendo nosotros pecadores, Cristo murió por nosotros para que pudiéramos ser justificado por su sangre, y ser salvos de la ira. Fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo.

Cristo ofrece el beneficio de su obra redentora a toda la humanidad, el beneficio es recibido por medio de la fe, la cual es obrada por el Espíritu Santo por los medios de gracia, es decir, la palabra del evangelio y los sacramentos. La obra de la salvación está completamente terminada.

Los seres humanos, no como un requisito o una obra de mérito, reciben con gratitud y humildad el regalo de Dios y al ser confrontados con su pecado, sienten pesar y arrepintiéndose, reciben por la fe el consuelo del perdón. Dice Hechos 3:19, “Por tanto, arrepentíos y convertíos para que sean borrados vuestros pecados,” de modo que de la presencia del Señor vengan tiempos de refrigerio.

Habiendo recibido el regalo de Dios en el perdón y la reconciliación, el ser humano entonces, en gratitud y en una actitud de obediencia gozosa, reconoce que solamente Dios es el autor de su Salvación, quien es el único digno de honra y de gloria.

Como una consecuencia lógica, la persona que ha recibido por la fe el regalo de la salvación por los méritos de Cristo ahora desea o más bien siente la necesidad de confesar a Cristo como su Señor y Salvador, y compartir su fe con otras personas. Con lo cual se cumple lo que dice la Biblia en Romanos 10:9-10 y 13, “Que, si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor, y si crees en tu corazón que Dios le levantó de entre los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, y con la boca se hace confesión para salvación. Porque todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo.” Y también 2 Corintios 5:19, “Que Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, no tomándoles en cuenta sus transgresiones y encomendándonos a nosotros la palabra de la reconciliación”.

El gozo que sigue a la experiencia del perdón en muchos casos se hace indescriptible, pero por seguro que la bendición de Dios se hace presente de muchísimas maneras. La persona que ha experimentado el perdón de Dios siente como si todo en el mundo fuera nuevo, sus sentidos se agudizan para percibir de una manera diferente a lo que era antes, sonidos, sentimientos, estado de ánimo, dándose cuenta más adelante que en el mundo todo sigue igual, quien ahora tienen una nueva existencia es él.

El gozo de la salvación se transmite de persona a persona creando una reacción en cadena que se va extendiendo ocasionando que otros también deseen ser parte del grupo propiciando un crecimiento numérico y espiritual produciendo fenómenos como el que nos narra el libro de los hechos de los Apóstoles: “Así que los que recibieron su palabra fueron bautizados, y fueron añadidas en aquel día como tres mil personas, alabando a Dios y teniendo el favor de todo el pueblo. y el Señor añadía diariamente a su número los que habían de ser salvos” (Hechos 2:41, 47).